

Repensar y relanzar la formación presbiteral

El pensamiento crítico y creativo ante los retos de la formación inicial y permanente del Presbítero a la luz de Aparecida

Pbro. Lic. Andrés Torres Ramírez*

Síntesis

A partir del llamado que nuestros obispos hacen a la Iglesia a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión, el autor nos propone repensar y relanzar la formación inicial y permanente del presbítero desde el desarrollo del pensamiento crítico y creativo.

Mediante tres incisos, en la primera parte el artículo nos brinda la oportunidad no sólo de recordar algunos conceptos sobre los dinamismos de la criticidad y la creatividad, sino que nos ofrece algunos elementos para favorecer su desarrollo y para distinguir su manifestación. El autor sostiene que el ejercicio de tales capacidades, como ejes en torno a los cuales gire toda la formación del seminarista y el presbítero, hará a nuestros pastores capaces de pensar, de decidir, y de insertarse creativamente en la cultura de nuestro tiempo, de manera que contribuyan eficazmente a repensar y relanzar la misión de la Iglesia.

* Presbítero de la Arquidiócesis de Puebla. Licenciado en Teología Dogmática por la Universidad Gregoriana de Roma. Actualmente se desempeña como rector del ITEPAL. rectoritepal@celam.org



En la segunda parte, también mediante tres incisivos, el autor nos lleva a reconocer que la tarea de desarrollar el pensamiento crítico y creativo tiene un trasfondo teológico-pastoral, nos invita a una relectura de la primera parte de *Aparecida* para detectar algunos retos particulares y, finalmente, plantea algunos cuestionamientos que tendrá que atender la formación inicial y permanente a la luz de la segunda y tercera parte de *Aparecida*.

Palabras clave: Pensamiento, Pensamiento crítico, pensamiento creativo, formación presbiteral, desafíos a la formación, *Aparecida*.

Reconsidering and relaunching of the presbytery formation

Summary

According to the bishops call to the Church to deeply reconsider and relaunch their mission with fidelity, the author proposes to reconsider the initial and permanent formation of the priests from the development of the critical and creative thought.

Through three points. At the first part the reading gives the opportunity not only to recall some concepts about criticality dynamism and creativity, but gives us some elements to promote its development and to distinguish its manifestation. The author promotes that the practice of such capabilities are axes around which turn the whole formation of the seminarian and priest. It will make our pastors able to think, decide and immerse creatively into the actual culture, so they may support effectively to reconsider and relaunch the church mission.

In the second part, also the author uses three points to lead us to recognize that the task of developing the critical and creative thought has a theological-pastoral background. The writer invites us to read again the first part of *Aparecida* to detect some specific challenges.

Finally, He raises some questions that have to deal with the initial and permanent formation along the second and third part of the *Aparecida*.

Keywords: Thought, Critical thinking, creative thinking, priestly formation, formation challenges, *Aparecida*.

Introducción

"
La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales" (DA 11).

Este llamado que afecta, desde luego, a la tarea de la formación inicial y permanente de los presbíteros es el trasfondo del título y del contenido de la siguiente reflexión que, aunque retome elementos de diversas ciencias, se propone un desarrollo desde la fe.

Nuestros obispos, en el Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Aparecida o DA), han querido confesar una vez más, con diferentes palabras y en diversos lugares, el fundamento cristocéntrico y trinitario de nuestra fe y, por tanto, el fundamento de la comprensión de nuestra vida creyente: "...Lo que nos define no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la acción del Espíritu Santo..." (DA 14).

A partir de este fundamento, nuestros obispos, enfatizando el discipulado y la misión, reafirman que la tarea que han recibido es "seguir impulsando la acción evangelizadora de la Iglesia, llamada a hacer de todos sus miembros discípulos y misioneros de Cristo, Camino, Verdad y Vida, para que nuestros pueblos tengan vida en Él..." (DA 1).

En muchos lugares de nuestro Documento aparecen las palabras "reto" y "desafío"; sin embargo, resulta programática la proclamación que se hace en el número 14: "...Aquí está el reto fundamental que



afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo...".

Establecido el fundamento cristocéntrico y trinitario de nuestra fe, retomada la tarea evangelizadora de la Iglesia y afirmado el reto fundamental que reconocen nuestros obispos en el hoy de nuestros pueblos latinoamericanos, quedan en evidencia la perspectiva, el fundamento, la ubicación, la justificación y la importancia del tema que nos ocupa: ¿cómo repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia la formación inicial y permanente de los presbíteros de manera que seamos, de verdad, discípulos y misioneros que respondamos a nuestra vocación y comuniquemos por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo?

La reflexión que ahora presentamos está estructurada en dos partes: en la primera destacamos algunos elementos del pensamiento crítico y creativo, básicos para repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia la formación presbiteral, tanto inicial como permanente; en la segunda ubicamos esta tarea desde su trasfondo teológico-pastoral, hacemos una lectura de la primera parte de Aparecida para detectar algunos retos particulares y señalamos algunas pistas por las que tendrá que transitar la formación inicial y permanente repensada y relanzada a la luz de la segunda y tercera parte de Aparecida.

Tenemos claro que la riqueza de Aparecida no se encuentra en la novedad de sus contenidos, sino en la dinámica que quiere suscitar para introducirnos, como Iglesia, en un itinerario de discipulado y misión; en este sentido, el fruto de Aparecida, como evento y como Documento, está por manifestarse¹. De la misma manera, los elementos que ahora presentamos, precisamente porque pretenden recoger el espíritu de Aparecida, estarán esperando la reflexión y la acción comprometida de cada Comisión nacional y diocesana, de

¹ No desconocemos que muchas Iglesias Particulares ya han iniciado serios esfuerzos para poner en práctica la propuesta de Aparecida, de manera desigual según el dinamismo de cada Iglesia Particular, pero tres años no son suficientes para esperar una recepción cuyos efectos se manifiesten significativamente.

cada Seminario y Casa de formación, para que desde un ejercicio de discernimiento local se distingan los retos propios y desde las luces de la revelación y del Magisterio se enfoquen las más pertinentes para caminar en la formación inicial y permanente de los presbíteros a fin de infundirles esperanza y consuelo².

1. Repensar y relanzar la formación inicial y permanente de los presbíteros desde el desarrollo del pensamiento crítico y creativo

Los verbos operativos de la tarea que proponen nuestros obispos, "*repensar*" y "*relanzar*", indican la gran ruta por donde quieren que transite hoy la acción de la Iglesia en América Latina³. Se trata de repensar, con ello implícitamente se reconoce que la tarea de pensar la misión de la Iglesia no se inicia con Aparecida, pero Aparecida nos dice que hay que "*repensarla profundamente*", lo cual exige pensar críticamente; se trata de relanzar, con ello se deja ver el reconocimiento que debemos a la acción pastoral que ya se ha realizado en otras épocas, pero Aparecida nos dice que hay que "*relanzar con audacia*", lo cual exige el pensamiento creativo. La formación inicial y permanente de los presbíteros, al ubicarse dentro de la única misión de la Iglesia, tiene que asumir esta gran ruta pastoral.

Antes de entrar directamente a la reflexión desde el Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, nos detenemos a considerar algunos elementos sobre el pensamiento crítico y creativo, como dos de los dinamismos mediante los cuales los seres humanos estamos llamados y posibilitados a ser cada vez más nosotros mismos. La reflexión sobre estos aspectos retoma elementos de la antropología, de una filosofía educativa, de una teoría del conocimiento y de una pedagogía humanista para aplicarlos a la formación presbiteral, tanto inicial como permanente⁴.

² Cfr. DA 16.

³ "La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales" (DA 11).

⁴ Para el desarrollo de esta primera parte retomamos elementos de la propuesta de Bernard Lonergan. Cfr. LONERGAN, Bernard. Método en Teología. Salamanca: Sígueme, 1988.



1.1. Educar es enseñar a pensar y a tomar decisiones

Todo proceso de enseñanza-aprendizaje que pretenda ser educativo, y la formación sacerdotal lo debe ser, ha de buscar formar personas críticas, esto es, que sepan pensar; y libres, esto es, que sepan valorar para tomar decisiones y orientar su vida de acuerdo a lo que descubren que es valioso. Ambos aspectos tienen que ver, más que con proporcionar respuestas al seminarista y al presbítero, con propiciar que ellos mismos se hagan preguntas cada vez más relevantes y significativas. La pregunta por la verdad -relativa a la criticidad y al pensamiento crítico-, junto con otras preguntas fundamentales tales como las preguntas por el bien, la justicia, la belleza y la trascendencia -relativas a los valores-, deben ser ejes orientadores de cualquier proceso de formación presbiteral.

Lograr que los destinatarios de la formación presbiteral, tanto inicial como permanente, se planteen -de una manera honesta, consciente, intencional, continua y seria- estas preguntas y trabajen para comprometerse con lo que van encontrando como respuesta, es la manera de hacer operativa la formación sacerdotal desde una perspectiva humanista, superando la perspectiva tradicional, que se centra en la memorización, o la perspectiva tecnológica, que pretende como fin último la eficiencia.

La perspectiva humanista de la educación reconoce como exigencia antropológica básica la continua e inacabable necesidad de “realización” y de “perfeccionamiento”; esto es, la exigencia de hacerse a sí mismo por la auto-apropiación y la auto-trascendencia. Tal proceso, siguiendo a Lonergan en su afirmación de que la conciencia humana tiene una estructura dinámica en la que se realizan operaciones conscientes e intencionales, se realiza gracias a la acción de las potencialidades o dinamismos humanos fundamentales, entre los cuales se cuenta el dinamismo de la criticidad.

1.1.1. *El Pensamiento crítico*

La criticidad es la potencialidad o tendencia a conocer la realidad con verdad, el preguntar es la “llave” que abre la posibilidad de hacerlo. El pensamiento crítico es el ejercicio de esa potencialidad;

es el pensamiento ordenado, sistemático y claro que lleva al conocimiento de la realidad a través de la afirmación de juicios de verdad. Este proceso es inagotable, pero en él se van manifestando claramente avances en la profundidad y certeza del camino en busca de conocer y afirmar la verdad.

Según Bernard Lonergan, el proceso de búsqueda de la verdad responde a las exigencias fundamentales de la “estructura dinámica del conocimiento humano” en sus tres primeros niveles: atender, entender y juzgar; así como el proceso de descubrimiento y adopción de valores responde a las exigencias del cuarto nivel: valorar.

El primer paso para conocer la verdad es la obtención de datos de la realidad, este paso se da por medio del atender. En el atender no hay aún preguntas, sino la percepción inmediata de la realidad. En el atender se realizan operaciones sensoriales básicas: ver, oír, oler, tocar, gustar.

Al proceso de interrelación, análisis y comprensión de los datos obtenidos en el atender, Lonergan le llama entender (segundo nivel de operaciones de la conciencia). Las preguntas del entender son del tipo de: ¿qué?, ¿cómo es?, ¿para qué?, ¿por qué?, etc. En este nivel se ejecutan operaciones como el inquirir, imaginar, comprender, concebir y formular. Los resultados del entender son “insights” (chispazos de la inteligencia) con los que se tienen ya comprensiones de la realidad.

Sin embargo, a la comprensión de algo sigue necesariamente la pregunta sobre la certeza de que se ha comprendido correctamente. Esta es la pregunta clave porque es la que define si es posible conocer la realidad tal como es o solamente sus apariencias; este es el nivel del juzgar. Las preguntas de este nivel son del tipo de: ¿es realmente así?, ¿comprendí bien?, etc. y los resultados de este nivel son juicios que aspiran ser virtualmente incondicionados.

En el nivel del juzgar necesitamos reflexionar, reunir pruebas, ponderar la evidencia y por último juzgar. Un juicio es la respuesta afirmativa, o negativa, que se da a una pregunta para la reflexión. Un juicio por lo tanto, compromete personalmente a quien lo realiza.

Por ello, una persona que se va ejercitando en el pensar críticamente va, poco a poco, dejando a un lado los juicios apresurados y sin fundamento y responsabilizándose de cada respuesta que emite como fruto de una reflexión auténtica.

Un juicio es subjetivo en tanto nace de un sujeto que descubre una verdad y la afirma, pero es objetivo, en cuanto que al ser afirmado como virtualmente incondicionado, deja de ser “propiedad o apreciación” personal del sujeto que lo afirma y pasa a tener validez general. Lonergan llega, con este análisis, a superar las posiciones radicales y antagónicas respecto a la objetividad o a la subjetividad del conocimiento, trascendiendo las teorías objetivistas y subjetivistas.

Como cualquier persona, el seminarista o el presbítero que domina este método, que asume su propia manera de conocer la verdad, entra en una dinámica de auto-apropiación que lo lleva a la auto-trascendencia, esto es, al crecimiento continuo trascendiendo los propios límites. Quien va aprendiendo a pensar críticamente, va siendo cada vez más capaz de resolver problemas sin la necesidad de “recetas” o fórmulas memorísticas y de descubrir el sentido de su existencia y de la existencia, todo lo cual es indispensable para repensar profundamente la formación presbiteral y la misión de la Iglesia.

1.1.2. *Características y habilidades propias del pensamiento crítico*

El pensamiento crítico, según Lippmann⁵, tiene tres características fundamentales: es auto-correctivo, es decir, capaz de ir descubriendo sus propias deficiencias y corrigiendo sus procesos; es sensible al contexto, por tanto, sabe discernir cómo y en qué momento expresar sus juicios para que sean realmente útiles en el contexto en el que se afirman; se refiere a un parámetro, es decir, es claro en cuanto a los marcos de referencia, los alcances y limitaciones del juicio afirmado.

⁵ Cfr. LIPPMAN, Mathew. *Philosophy in the classroom*. Philadelphia: Temple University Press, 1980; *Thinking in education*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

De manera que en tanto mejor se manifiesten estas tres cualidades en el pensar de seminaristas y presbíteros puede afirmarse que es mayor el logro de los objetivos del proceso del pensamiento crítico. Cuando un seminarista o un presbítero es capaz de reconocer el error y autocorregirlo, muestra sensibilidad al contexto en el que afirma sus juicios y clarifica los parámetros en los que se enmarcan sus afirmaciones, se puede decir que está ya en el proceso continuo de auto-apropiación que facilita el pensar críticamente.

Sin pretender agotarlas, conviene tener presentes algunas de las habilidades propias del pensamiento crítico, para favorecer su desarrollo: analizar el valor de afirmaciones, clasificar y categorizar, construir hipótesis, definir términos, desarrollar conceptos, descubrir alternativas, deducir inferencias, encontrar suposiciones subyacentes, formular preguntas críticas, generalizar, dar razones, descubrir las conexiones entre las partes y el todo y el todo y las partes, hacer conexiones y distinciones, anticipar consecuencias, trabajar con analogías, trabajar en consistencias y contradicciones, descubrir falacias, reconocer diferencias entre medios y fines, etc.

Formar personas críticas significará formar personas que sepan pensar por sí mismas dando razones e identificando los criterios que orientan y fundamentan estas razones, personas que han desarrollado habilidades de las ya enunciadas. Este proceso formativo generará personas más capaces de auto-determinarse, más dueñas de sí mismas, auto-apropiadas; de esta manera, el pensar críticamente aumenta la capacidad de resolver problemas, lo cual es básico para relanzar la formación presbiteral y la misión de la Iglesia.

1.1.3. Cómo desarrollar el pensamiento crítico

La fuente fundamental para la tendencia y dinamismo de la criticidad es el deseo de saber, de conocer la realidad con verdad, deseo que se traduce concretamente como primer paso en el acto de preguntar. De allí que una manera muy concreta de desarrollar el pensamiento crítico es buscar que nuestros destinatarios de la formación presbiteral se ejerciten en el preguntar y para ello, es necesario que las temáticas y problemas sean significativos.

Desarrollar este interés o necesidad de saber quiere decir desarrollar la capacidad de atender (recoger los datos necesarios relevantes y suficientes), la capacidad de entender (organizar y procesar los datos, llegar a comprenderlos y a conceptualizarlos) y, por último, de juzgar (hacer preguntas críticas, reunir pruebas, ponderarlas, llegar a juicios de verdad).

Desarrollar el pensamiento crítico, implica un clima adecuado que debe estar centrado en el diálogo, que es mucho más que una simple conversación. Una formación que pretenda desarrollar el pensamiento crítico debe crear las condiciones que acerquen a las personas a un diálogo atento e inteligente; un diálogo atento en el que haya actitudes de escucha y respeto, un diálogo inteligente en el que se llegue a comprensiones de aquello de lo que se habla, un diálogo crítico que llegue a juicios concluyentes de la discusión.

1.1.4 Formación en valores y actitudes

Un diálogo verdaderamente crítico llega inmediatamente a preguntas éticas y a una toma de postura y de decisiones al respecto. De este modo, podemos afirmar que el pensamiento crítico va haciendo progresivamente más libre y responsable al sujeto y, por ello, que al desarrollar el pensamiento crítico podemos o debemos llegar hasta la reflexión ética y la consecuente toma de decisiones que vayan humanizando a la persona.

El compromiso personal con la verdad que se descubre y se afirma, lleva otra vez a determinar esta conexión íntima entre el pensar críticamente y el descubrir y vivir los valores. Al descubrir y afirmar algo como verdadero, la persona se responsabiliza de esta verdad y tiene que tomar una postura ante ella, lo que necesariamente lo llevará a tomar decisiones. Se afirma entonces que no existe neutralidad en el conocimiento. Los niveles y operaciones de la estructura dinámica del conocimiento humano no son solamente conscientes, sino además intencionales.

Al descubrimiento y afirmación de la verdad sigue la pregunta por las implicaciones existenciales concretas que esta verdad tiene para el sujeto que la afirma y la consecuente deliberación para la toma

de decisiones que oriente la acción práctica. ¿Es aconsejable asumir esta verdad?, ¿es valioso lo que se piensa hacer?, ¿construye a la persona o la destruye?, ¿es para bien de todos o destruye a los demás? Son preguntas relativas al cuarto nivel de la conciencia humana, el nivel del valorar. Las operaciones que se realizan en este nivel son: deliberar, valorar, decidir. Los resultados del proceso son decisiones libres que van a orientar la acción de los individuos. Este nivel de los valores se expresa externa y perceptiblemente en actitudes.

Sin embargo, para llegar al cuarto nivel y tomar decisiones libres, es necesario pasar por los tres niveles anteriores, es decir, para poder valorar acertadamente, es necesario atender, entender y juzgar. Se ve entonces, que en el “Método trascendental” de Lonergan, el pensar críticamente y el descubrimiento de valores que llevan a la acción concreta, están íntimamente ligados y son inseparables en los procesos de la actividad consciente intencional humana.

Es necesario resaltar que el pensamiento crítico y la formación de valores no son procesos desligados e independientes. La vivencia de valores debe estar siempre sometida al tamiz del pensamiento crítico, así como el ejercicio de la crítica está mediado por un horizonte de valores y no es neutral. En el nivel del valorar se trasciende el nivel exclusivamente racional, pues en la deliberación, valoración y decisión por lo que se considera más valioso, interviene tanto la inteligencia como la afectividad y la libertad. El seminarista y el presbítero que ejercita las operaciones del valorar, es alguien que no toma decisiones viscerales, precipitadas, caprichosas, impulsivas o ciegas, sino que maneja sus impulsos y sentimientos hacia lo que ha descubierto como mejor para él.

No se trata pues, de hacer un listado de “valores”, de comprenderlos por su definición, de ilustrarlos con ejemplos para que el seminarista o el presbítero memorice cómo debe ser; no se trata de presentar imágenes inalcanzables, casi divinas de lo que “debe ser” un presbítero. Se trata de que el destinatario de la formación presbiteral aprenda a tomar decisiones, decisiones orientadas no sólo por su afectividad, su impulso, su interés, la ideología dominante, las leyes, o cualquier otra causa relativa, sino guiado sobre todo por el discernimiento de lo que es más valioso para él, de acuerdo a la circunstancia

que vive y teniendo como parámetro último, el crecimiento de su ser humano y sacerdotal y el crecimiento de la Iglesia y la humanidad; desde la fe, diremos en la segunda parte de este aporte, de lo que es la voluntad de Dios.

El proceso para llegar al descubrimiento de valores es el de la intencionalidad consciente: atender a los datos de la realidad, comprender esos datos, reflexionarlos, deliberar, evaluar y decidir. En este nivel se llega a *juicios de valor*. Los juicios de valor, afirman lo que es mejor o más valioso o más urgente. Un destinatario de los procesos de la formación presbiteral que se forma en este descubrimiento de los valores, se libera de pre-juicios derivados de la falta de conocimiento de la realidad y se responsabiliza de los juicios de valor que emite.

1.2. Educar es enseñar a pensar y a obrar creativamente

Todo proceso de enseñanza-aprendizaje que pretenda ser educativo, y la formación sacerdotal lo debe ser, debe buscar formar personas creativas, que sepan pensar y obrar creativamente. Esto es lo que hace avanzar la cultura, esto es lo que permite ir más allá de la repetición mimética.

Lograr que los destinatarios de la formación presbiteral, tanto inicial como permanente, desarrollen el dinamismo de la creatividad -de una manera honesta, consciente, intencional, continua y seria- es la manera de hacer operativa la formación sacerdotal desde una perspectiva humanista y creativa, superando la perspectiva tradicional que se centra en la conservación; esto es lo que permitirá ir más allá de una pastoral de mantenimiento, esto es lo que posibilitará relanzar la misión de la iglesia.

No hay que perder de vista que la perspectiva humanista de la educación reconoce como exigencia antropológica básica la continua e inacabable necesidad de "realización" y de "perfeccionamiento"; la exigencia de hacerse a sí mismo por la auto-apropiación y la auto-trascendencia. En tal proceso encuentra lugar también el dinamismo de la creatividad.

1.2.1. *El pensamiento creativo*

De la estructura dinámica de nuestra conciencia brota la creatividad como la exigencia o potencialidad que se actualiza en el pensamiento y/o el actuar creativos. Pensamiento y acción, que llevan al hombre a transformar la naturaleza imprimiéndole forma y proporción humanas.

Es del pensamiento creativo y de la acción creativa de donde ha ido surgiendo y desarrollándose aquello que llamamos cultura en su sentido más amplio: como la totalidad de objetos, estructuras, signos y relaciones que representan la huella de la existencia humana en el mundo.

En la perspectiva del método trascendental de Lonergan el primer nivel de operaciones conscientes e intencionales se refieren al atender. La creatividad se ubica en el segundo nivel de operaciones, es decir, en el nivel de la inteligencia (entender), cuyas operaciones básicas son: inquirir, imaginar, comprender, concebir y formular. Este segundo nivel tiene que ver con dos patrones de experiencia: el estético y el del sentido común. Lo anterior reafirma lo dicho al inicio, en el sentido de que el pensar y el ser creativos son los que van creando la cultura y transformando el mundo dándole forma humana.

El patrón estético, que es el relativo a la experiencia y creación de la belleza, a la búsqueda y la concepción de la obra de arte es el que más común y claramente se asocia con el tema de la creatividad. La creatividad tiene que ver, sin embargo, con el patrón del sentido común en sus dos acepciones: la del hombre como conocedor, el hombre en búsqueda de saber más y mejor y preguntando por aquello que le es novedoso o extraño; y el hombre como hacedor; es decir, el hombre construyendo el mundo material e imprimiendo forma humana a lo que le rodea.

Un buen pensamiento o acción creativos, comienzan en la paciente y educada atención, es decir, implica una manera distinta de percibir la realidad (verla, oírla, tocarla, olerla, gustarla) tratando de descomponerla, este es el primer paso. Sigue después un proceso de búsqueda (heurístico) que comienza por el inquirir (el preguntarle a los

datos), el operar plenamente la imaginación (ir buscando imágenes), tratando de comprender para luego llegar a un chispazo (insight) que nos lleve a concebir (dar a luz) y formular o expresar un producto propio, novedoso y valioso, esto es el producto creativo.

De Bono⁶ habla de pensamiento lateral y afirma que un sujeto puede ser creativo en cuanto aporta cosas nuevas y valiosas. Un pensador lateral es aquel que está dispuesto a cambiar de percepción y continuar cambiando, es decir, tiene la capacidad de mirar las cosas de diferentes maneras. El pensamiento lateral, también llamado pensamiento divergente, es utilizado por muchos autores como sinónimo de pensamiento creativo, en contraposición al pensamiento convergente, lógico o vertical, más relacionado con la criticidad. El pensamiento divergente no está sujeto a un encadenamiento de ideas; por el contrario, este pensamiento implica riesgo y aventura, busca soluciones o metas diversas en cada individuo, soluciones propias y originales.

1.2.2. *Características del pensamiento creativo y rasgos para desarrollarlo*

Algunas características del pensamiento creativo son: la fluidez, como la cantidad de ideas que puede hallar alguien respecto a un asunto determinado; la flexibilidad, como la variedad y heterogeneidad de las ideas que se producen; la viabilidad, que es la capacidad de producir soluciones realizables en la práctica.

El pensamiento creativo es “el niño” que se aventura a caminar hacia lo desconocido, es el pensamiento libre que se guía solamente por su ansia de encontrar una o muchas respuestas a los interrogantes que van naciendo de su continuo, paciente y educado mirar al mundo, desnudarlo, decodificarlo, tratar de apropiárselo para hacerlo significativo y comunicable al otro.

En tres grandes áreas del ser humano es necesario desarrollar algunos rasgos para favorecer una personalidad creativa, estas son: el área cognoscitiva, el área afectiva y el área volitiva.

⁶ Cfr. DE BONO, Eduard. *Aprender a Pensar*. Barcelona: Plaza y Janes, 1991.

En el área cognoscitiva hay que desarrollar “fineza de percepción”, lo que ya mencionamos como atención educada y paciente para ir captando lo significativo; “la imaginación”, como la capacidad de crear o generar imágenes a partir de los datos; “la capacidad de discriminación”, para distinguir los datos relevante de los irrelevantes, así como los datos de sus fuentes de manera que se supere la actitud conformista ante recetas ya hechas; “la curiosidad intelectual”, como la apertura a la experiencia y flexibilidad, así como la capacidad de riesgo mental.

En el área afectiva hay que desarrollar la “autoestima”, ya que la persona con significativos rasgos de inseguridad, el que no tiene confianza en su propio valor y capacidad, difícilmente se arriesga para buscar nuevas respuestas porque no cree que pueda aportar nada, para crear es necesaria una confianza básica en uno mismo. Un segundo rasgo a desarrollar es “la soltura”, ya que para crear es necesario no ceñirse a reglas rígidas, sino darse la oportunidad de buscar, de explorar libremente. Un tercer rasgo es “la pasión”, ya que el que crea es capaz de entusiasmarse con la propia búsqueda. Un cuarto rasgo es “la audacia”, ya que al apartarse de lo establecido, la persona creativa tiene que ser capaz de afrontar los riesgos y de resistir las críticas, por ello necesita la audacia para creer en su idea y explorarla afrontando las consecuencias. Un quinto rasgo es “la profundidad”, ya que una personalidad que se queda en lo superficial no es capaz de crear auténticamente.

En el área volitiva es necesario desarrollar “la tenacidad” para no rendirse ante la primera crítica; la “tolerancia a la frustración”, ya que una persona creativa seguramente va a equivocarse al explorar y la tolerancia le permitirá admitir su equivocación y seguir intentando hasta obtener los resultados que le interesan; “capacidad de decisión” ya que la creatividad exige tomar decisiones propias y no “seguir la corriente”.

1.2.3. ¿Cómo desarrollar el pensamiento creativo?

Si el pensamiento creativo parte de una educada atención para desestructurar los datos que se captan de la realidad, procesarlos, concebirlos de manera distinta, y reestructurarlos para un producto



original y valioso, podemos decir entonces que el desarrollo de la creatividad debe partir de un proceso intencional de desarrollo y conciencia de la capacidad de atender, y de las operaciones que se realizan en este nivel, es decir, de un proceso de sensibilización progresiva e integral.

Un buen comienzo para desarrollar el pensamiento creativo sería generar experiencias de aprendizaje en las que se involucren de forma integral la mayoría o todos los sentidos, y en las que se llegara a una progresiva retroalimentación y concientización sobre la manera en que atendemos: Atender al propio atender, entender al propio atender, juzgar al propio atender y valorar al propio atender, para llegar a iniciar un proceso progresivo de educación de la capacidad de atender, sería el inicio imprescindible para el desarrollo de habilidades de pensamiento creativo.

Si el pensar creativo es propio del segundo nivel de operaciones -del entender- es necesario entonces, hacer lo mismo con nuestra capacidad de intelección y sus operaciones básicas: Atender a nuestro entender, entender nuestro entender, juzgar nuestro entender y valorar nuestro entender, para involucrarnos en un proceso de auto-apropiación de las operaciones propias del segundo nivel de nuestra conciencia. Este sería el paso complementario para tratar de desarrollar el pensamiento creativo.

De esta manera, será necesario buscar estrategias para desarrollar: la capacidad de inquirir, cambiando la educación que busca dar respuestas a la que pretende que el sujeto genere sus propias preguntas a la realidad; la destreza para imaginar, para ir creando imágenes en nuestra mente a partir de los datos; la habilidad para comprender, para relacionar los datos con cierto sentido, encontrando significado a la realidad; el ejercicio de concebir, del “dar a luz” ideas originales, propias, novedosas, desde la comprensión de los datos; la capacidad de formular, es decir, de elaborar, de producir una respuesta a partir de ese proceso de entendimiento original y novedoso.

El desarrollo de un clima apropiado y de experiencias grupales apropiadas para el “cultivo” de esos dos niveles de conciencia en su sentido más auténtico, como camino a la auto-apropiación progre-

siva, es la clave para la formación de personas creativas, que sepan imprimirle un sello original a la realidad.

1.3. El pensamiento crítico y creativo en la formación

Tomando en cuenta la primacía del Espíritu Santo en la formación inicial y permanente de los presbíteros y reconociendo que el primer formador es el propio sujeto destinatario de los procesos formativos, es pertinente enfatizar que si no cambia la mente y el corazón de los formadores y no se proyecta este cambio en los programas y en las metodologías, nada cambia en la formación; es decir, que por muchas teorías y técnicas que conozca el formador si no reflexiona sobre la finalidad de su quehacer y si no desarrolla sus propios saberes y habilidades (conversión intelectual) y si no desarrolla sus actitudes y valores (conversión moral), no podrá desarrollar pensamiento crítico y creativo en los destinatarios de su labor formativa. Esto, desde luego, interpela a nuestras Comisiones nacionales y diocesanas de formación de los presbíteros, así como también cuestiona y desafía a nuestros equipos de la formación inicial.

Para que un formador promueva las habilidades de pensamiento crítico y creativo, no como algo mecánico sino de manera integral y orientada al desarrollo de las personas, debe ser un sujeto en proceso de auto-apropiación, respetuoso de los demás, abierto a la experiencia, atento a escuchar a otros, capaz de generar un clima de diálogo y cuestionamiento, consciente y comprometido con su quehacer, imaginativo y abierto a lo nuevo y lo diverso. Sólo podrá promover seres críticos y creativos un formador que sea cada vez más atento, inteligente, razonable y libre.

Si partimos del reconocimiento de que la finalidad fundamental del proceso educativo auténtico es la progresiva auto-apropiación y auto-trascendencia, no hacia una perfección que se impone desde fuera sino a una humanización que se va desarrollando desde dentro y se proyecta hacia afuera, podemos reconocer algunas manifestaciones externas del avance en la línea de pensamiento crítico y creativo de las personas en diversos niveles dada la compleja red de relaciones en las que el sujeto se desenvuelve.



1.3.1. *Sujeto que se auto-apropia: el nivel personal*

Una manifestación clara de que se avanza en el camino propuesto del pensamiento crítico y creativo es la observación de que los destinatarios de la acción formativa se van encaminando hacia la auto-apropiación; esto es, van haciéndose cada vez más dueños de su propia existencia. Esto quiere decir que el seminarista y el presbítero van siendo cada vez más conscientes de sus procesos de pensamiento y de acción; es decir, cada vez más atentos (recopilando datos más relevantes y necesarios), más inteligentes (comprendiendo lo que aprenden y construyendo productos novedosos a partir de ello), más críticos (elaborando mejores juicios de verdad sobre aquello que analizan, haciendo mejores preguntas a lo que aprenden) y, finalmente, más libres (más capaces de tomar sus decisiones de manera consciente; evaluando y asumiendo responsablemente las consecuencias de acuerdo a los valores que orientan su vida).

Todo esto se refleja en su capacidad de escucha y construcción, a partir de las ideas de los demás; en la relevancia de sus preguntas; en la calidad de sus razonamientos y en la validez de sus razones y criterios; en el respeto al otro y en la consistencia entre lo que piensan, dicen y hacen.

1.3.2. *Sujeto que dialoga: el nivel interpersonal*

Un seminarista y un presbítero que va siendo más creativo y crítico, es un sujeto que es cada vez más capaz de diálogo, es decir, una persona que va siendo capaz de encontrar sentido o significado a las cosas en compañía, a partir de y junto con el otro.

Un sujeto que, capaz de “caminar” con el otro, comparte con él su manera de “dialogar” con la naturaleza, con los objetos, encontrándoles sentido y posibilidades de transformación para la humanización del entorno; una persona que sabe compartir con el otro el “diálogo” que mantiene consigo mismo, descubriendo el significado de lo que acontece en el proceso de su construcción personal; un ser capaz de “dialogar” con el pasado, capaz de encontrar sentido a su propia existencia a partir del diálogo con su creencia cultural y de compartir esta experiencia con el que camina a su lado; un hombre abierto a la comprensión, antes que a la crítica, de la experiencia del otro.

La experiencia de diálogo es fundamental y trasciende la simple charla o la emisión de opiniones superficiales y basadas en sentimientos o climas de competencias que trasciende el relativismo aparentemente respetuoso de que cada quien tiene su opinión o su verdad.

1.3.3. Nivel grupal: hacia una comunidad de cuestionamiento

Si pretendemos favorecer el pensamiento crítico y creativo en la formación, el objetivo debe ser construir una genuina comunidad de cuestionamiento. El paso de grupo a comunidad lo marca el que se van compartiendo cada vez más actitudes de respeto, de escucha atenta, de diálogo auténtico, de solidaridad, de búsqueda en común, etc. Quien va en camino de formar una comunidad de cuestionamiento acepta las correcciones de los demás, escucha, acepta a la persona, construye con las ideas de los demás, es abierto, se preocupa por el derecho de los demás a expresarse, etc.

Un proceso de desarrollo de habilidades de pensamiento crítico y creativo implica un cambio en la dinámica grupal del monólogo al diálogo, de lo vertical a lo horizontal, de la contraposición a la comprensión, de la información a la formación.

1.3.4. Nivel histórico social: hermenéutica existencial

Presbíteros acomodados e ingenuos “estaremos formando” mediante los procesos de enseñanza - aprendizaje si no favorecemos su capacidad de interpretar los “signos de los tiempos”; perezosos e ingenuos seguiremos construyendo mientras los programas de formación inicial y permanente estén reducidos a la transmisión de contenidos y no se abran a la comunicación y descubrimiento comunitario de valores, significados y juicios en la interpretación del mundo en que vivimos.

Se hace necesario avanzar en una hermenéutica existencial que nos permita abrirnos al diálogo con el pasado, con el presente, con las personas, con los textos, con los grupos sociales, para ir encontrando cada vez más comprensiones y valoraciones del contexto actual.

En el instante en que la formación de los presbíteros asuma la hermenéutica como una actitud vital, que haga de la interpretación

seria y profunda de su horizonte histórico-social una manera de actuar cotidianamente, en ese momento empezaremos a ver cada etapa del proceso formativo como una nueva oportunidad de construir y construirnos juntos, de comprender, criticar y ensanchar nuestro horizonte.

Si queremos formar plenamente en el pensamiento crítico y creativo, debemos llegar hasta el nivel histórico-social. No basta con formar gente crítica de su propia actitud o de su hermano de al lado, debemos llegar a formar gente crítica de su contexto histórico, social, político, económico y eclesial; formar gente con una actitud hermenéutica en la que se aprende en el diálogo, no solamente con el formador o el compañero, sino también con la historia y sus documentos. Una formación hermenéutica nos lleva necesariamente a hacer un proceso de búsqueda en la que llegamos a ser más atentos, más inteligentes, más críticos; más libres; en una palabra, más humanos.

Si queremos realmente caminar por la gran ruta de repensar profundamente y relanzar con audacia la formación inicial y permanente de los presbíteros, hemos de favorecer el que agentes de la formación y destinatarios de la misma nos involucremos en nuestros respectivos procesos de auto-apropiación y auto-trascendencia, considerando los cuatros niveles de interrelación, lo cual implica una auténtica conversión intelectual y moral; en el fondo, se trata de cambiar de fondo más que de forma.

2. Repensar y relanzar la formación inicial y permanente de los presbíteros ante los retos destacados por Aparecida desde el pensamiento crítico y creativo

Una manera de abordar los retos que ha de enfrentar la formación inicial y permanente a la luz de Aparecida, y quizá la más evidente, es hacer una lectura atenta de los números explícitamente dedicados a tratar de los Presbíteros, así como los dedicados a los Seminarios y Casas de formación religiosa⁷; sin embargo, para el desarrollo de

⁷ A partir del número 191 de Aparecida y hasta el número 200, como contenido del capítulo quinto, dedicado a la Comunión de los Discípulos Misioneros en la Iglesia, se habla directamente de “Los presbíteros, discípulos misioneros de Jesús Buen Pastor” y se remarcan explícitamente tres situaciones que afectan y desafían la vida y ministerio de nuestros pres-

la segunda parte del presente trabajo hemos decidido considerar el conjunto del Documento.

Quienes se forman en los Seminarios y Casas de formación religiosa, así como quienes ya participamos de la vida y ministerio de los presbíteros estamos inmersos en la misma vida de nuestros pueblos hoy, participamos fundamentalmente de la misma vida de Jesucristo y, convocados en la misma Iglesia, somos corresponsables en la misma misión de comunicar la vida de Jesucristo a nuestros pueblos. Este presupuesto básico, establecido desde los títulos de las tres grandes partes de Aparecida, justifica la tarea de identificar los retos que se plantean a la formación inicial y permanente en el conjunto del documento y no únicamente en alguna de sus partes para repensarla profundamente y relanzarla con fidelidad y audacia⁸.

2.1. Trasfondo teológico - pastoral del re-pensamiento y re-lanzamiento de la formación presbiteral

“...En una perspectiva bíblica el tiempo no es algo vacío o abstracto; estamos más bien ante lo que podríamos llamar un tiempo habitado, inseparable de los acontecimientos y de las personas que trascurren en él. Es el teatro en el que ocurren las acciones humanas. Por eso casi se identifica con el espacio que está también poblado. En esa conjunción tiempo y espacio, vale decir, en las personas y los hechos que viven y se desenvuelven en ellos, Dios se auto-comunica, se revela como amor fundante de toda relación con El y entre los seres humanos. La revelación alcanza su punto definitivo en la plenitud de los tiempos (Gal 4,4), en la Encarnación del Hijo. El tiempo adquiere de este modo una exigente densidad salvífica y humana. Lejos de ser una categoría abstracta o limitarse a

bíteros. Más adelante, en el capítulo sexto, dedicado al Itinerario formativo de los discípulos misioneros, del número 314 al número 327, se trata explícitamente de “los Seminarios y Casas de formación religiosa” y se afirma la continuidad que se ha de procurar entre la formación inicial y permanente y, aunque no se habla explícitamente de retos o desafíos se puede reconocer un lenguaje más normativo, no cabe duda que en este apartado también se pueden reconocer, implícitos, algunos desafíos para la formación inicial.

⁸ Esta expresión, “repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia” de Aparecida 11 vuelve a ponernos en la dinámica del ver, juzgar y actuar; de manera que la formación inicial y permanente tenga, a la luz de este documento, la oportunidad de repensarse y relanzarse.

registrar una sucesión cronológica, el tiempo se convierte en un espacio de encuentro con el rostro de Jesús el Hijo de Dios hecho carne. En el tiempo se dan cita dos libertades. La libertad de Dios que se revela en la gratuidad de su amor y la libertad humana que acoge ese don...⁹. Sería necesario precisar, y la libertad humana que acoge este don o lo rechaza.

La pastoral de la Iglesia en general, y la formación inicial y permanente de los presbíteros como una forma específica de ella, implica el preguntarnos qué nos dice este tiempo.

Repensar, programar y hacer operativa una formación inicial y permanente contextualizada en la realidad social y eclesial de nuestros pueblos hoy, repensarla desde el discipulado y la misión que se destaca en Aparecida y relanzarla para comunicar la vida de Jesucristo a nuestros pueblos, no es una pertinencia simplemente práctica ni algo que se deriva sólo de los dinamismos propios del ser humano, su exigencia tiene un trasfondo teológico que tanto seminaristas como presbíteros nunca debemos perder de vista en nuestros procesos de formación. Se trata del hoy de la presencia interpelante de Dios y de su aceptación o su rechazo por parte de la libertad del hombre en los procesos de la formación.

2.1.1 *El contexto histórico y los signos de los tiempos*

La palabra contexto viene del latín *contextere*, que puede ser traducida como entretejer, y significa el conjunto de circunstancias en que se sitúa un hecho, el conjunto de factores que entretejen la compleja realidad. En perspectiva teológico-pastoral, contexto es el conjunto de factores o circunstancias que entretejen la realidad global del mundo en medio de la cual Dios nos habla y en el que la Iglesia acontece y cumple su misión.

Declaran nuestros obispos que *“se abre paso un nuevo período de la historia con desafíos y exigencias caracterizado por el desconcierto generalizado que se propaga por nuevas turbulencias sociales*

9 GUTIÉRREZ, Gustavo. Una teología de la liberación en el tercer milenio. En: CELAM. El futuro de la Reflexión teológica en América Latina, Bogotá: CELAM, 1996. P. 100.

y políticas, por la difusión de una cultura lejana y hostil a la tradición cristiana, por la emergencia de varias ofertas religiosas, que tratan de responder, a su manera, a la sed de Dios que manifiestan nuestros pueblos" (DA 10). No obstante este reconocimiento, la mirada que nuestros obispos hacen de la realidad sin ser ingenua tampoco es pesimista. "...Nos afligen, pero no nos desconciertan los grandes cambios que experimentamos. Hemos recibido dones inapreciables, que nos ayudan a mirar la realidad como discípulos misioneros de Jesucristo" (DA 20). "...al mirar la realidad de nuestros pueblos y de nuestra Iglesia, con sus valores, sus limitaciones, sus angustias y esperanzas. Mientras sufrimos y nos alegramos permanecemos en el amor de Cristo viendo nuestro mundo, tratamos de discernir sus caminos con la gozosa esperanza y la indecible gratitud de creer en Jesucristo. Él es el Hijo de Dios verdadero, el único salvador de la humanidad" (DA 22).

En medio del conjunto de factores o circunstancias que entretejen la realidad global del mundo en este período de la historia muchas veces sombrío y siempre complejo, quienes estamos involucrados en la formación inicial y permanente hemos de acercarnos a la realidad social y eclesial sin ingenuidad pero con optimismo, dando gracias a Dios para la riqueza de dones que en ella nos ofrece y siempre permaneciendo en el amor de Jesucristo; hemos de reconocer que no sólo estamos llamados a reconocer al Señor como el Señor de la historia, sino que también hemos de ser conscientes de haber recibido los dones para mirar la realidad como discípulos y misioneros, lo cual significa, entre otras cosas, que podemos reconocer y discernir los "signos de los tiempos" en medio de ella: *"Los pueblos de América Latina y el Caribe viven hoy una realidad marcada por grandes cambios que afectan profundamente sus vidas. Como discípulos de Jesucristo, nos sentimos interpelados a discernir los "signos de los tiempos" a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino..."* (DA 33).

"Signos de los tiempos" es una categoría teológica que, incorporada por el Concilio Vaticano II, se ha hecho presente en muchos documentos de la Iglesia y, desde luego, en Aparecida. Aunque su uso es muy frecuente no hay una definición precisa de ella y, por tanto, muchas veces se emplea con ligereza y se le aplica a muchas realidades sin distinción.

A partir del uso que hace la misma Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual y de los primeros teólogos que reflexionaron sobre ella, se pueden reconocer al menos dos formas de acercarse a su comprensión: un sentido histórico-pastoral y un sentido histórico-teológico.

El sentido histórico-pastoral, asumido principalmente en GS 4, nos lleva a entender los “Signos de los tiempos” como aquellas notas o fenómenos que a causa de su generalización y gran frecuencia caracterizan una época; el sentido histórico-teológico, inspirado más bien por GS 11, nos conduce a comprender los “Signos de los tiempos” no sólo como aquello en lo que se aprecia la novedad y densidad de los hechos que caracterizan una época, sino aquellos en que es manifiesta su dimensión sacramental, esto es, su capacidad de manifestar a Dios en el presente con una clara referencia a Jesucristo y al Reinado escatológico de Dios; el énfasis se pone no tanto en los signos de hoy, sino en los signos de los últimos tiempos que se pueden reconocer en los signos de hoy. Mientras que desde el primer sentido la finalidad de conocer los “Signos de los tiempos” y escrutarlos es más bien pastoral, a fin de que la misión de la Iglesia sea relevante para el mundo de hoy, en el segundo sentido su identificación y discernimiento no tendría una finalidad únicamente pastoral, sino estrictamente teológica¹⁰.

En ambos sentidos, los “Signos de los tiempos” requieren ser identificados y discernidos. El discernimiento, en cuanto capacidad, pertenece a todos los hombres y todas las mujeres, se deriva de la capacidad de pensar y tomar decisiones; sin embargo, la capacidad de discernir requiere ejercitarse para que salga del mundo de las posibilidades y entre al mundo de las realidades; y la capacidad y el ejercicio del discernimiento requieren ser incorporados a la vida como un valor para que lleguen a ser una actitud en nuestra vida.

No basta que el seminarista y el presbítero sepamos que poseemos la capacidad de discernir, es necesario que ejercitemos esta capacidad, que desarrollemos la habilidad de discernir, y que la

¹⁰ Cfr. MERINO Patricio, La categoría “Signos de los tiempos”: sus significados e implicancias en el Magisterio y en la Teología Católica. En: Anales de Teología. Concepción (Chile). Vol.8 (abr. 2006); p. 65-167.

incorporemos a nuestra vida como una actitud que nos caracterice para prepararnos de verdad como pastores para el Pueblo de Dios. Se espera que los hombres de nuestros pueblos hoy detengan su desenfadada carrera en la que se ven envueltos para escrutar y discernir los signos de los tiempos con la guía de sus pastores, pero, ¿cómo puede guiar alguien que no se ha ejercitado en esta habilidad?, ¿alguien que tal vez pueda dar razón del concepto pero que no sabe cómo hacerlo ni ha incorporado el discernimiento como una actitud en su vida?

Que otros hagan discernimiento es bueno y necesario, que conozcamos sus aportes y los aprovechemos será signo de la sabiduría que hemos logrado y de la apertura que tengamos a los demás como don de Dios para nosotros; sin embargo, nada de esto nos priva de realizar nuestro propio esfuerzo y de ubicarnos críticamente en medio de la historia y del contexto en el que el Señor nos ha llamado a la vida y a esta vocación específica.

Recuperar una formación inicial y permanente abierta al mundo exige no sólo el discurso de los signos de los tiempos, sino tener siempre presente que el hombre y la mujer que peregrinan en la historia son el primer y fundamental camino de la Iglesia, así como reconocer los lugares o espacios principales en los que se juega la relación Iglesia-mundo. Por otro lado, el discernimiento de nuestra realidad no es sólo una exigencia desde nuestro ser discípulos contextualizados en formación, sino también en cuanto que somos, o queremos ser, misioneros que buscamos una acción pastoral más eficaz: *“...Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir “lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias” (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta”* (DA 366).

¿Qué tanto, al elaborar los planes de formación inicial y permanente, tomamos en cuenta el contexto concreto de la propia Diócesis y Seminario, la doctrina más reciente y los desafíos pastorales más sentidos? ¿De qué manera los procesos de formación inicial y permanente favorecen que la realidad social y eclesial sea mirada en toda su amplitud y profundidad con optimismo desde la fe? ¿Conocemos, al menos medianamente, y valoramos el contexto social y eclesial

como mediación de la vocación al ministerio ordenado y su formación? ¿Cómo se favorece en la formación inicial y permanente que el seminarista y el presbítero vean la realidad desde el discipulado y la misión? ¿Qué lugar ocupa en la formación inicial y permanente el desarrollar el espíritu crítico y el objetivo explícito de desarrollar habilidades para el discernimiento de los “Signos de los tiempos”? ¿De qué manera, o maneras concretas la formación inicial y permanente favorecen que el formando y el presbítero desarrollen su pensamiento crítico y se ejerciten en la habilidad del discernimiento? ¿Cómo se evalúa el desarrollo del pensamiento crítico y del discernimiento en la formación inicial y permanente?

2.1.2. *Insertarse en la cultura crítica y creativamente*

La realidad de grandes cambios no es nueva, nuestros obispos la han reconocido siempre que han tenido la oportunidad de repensar su tarea evangelizadora, pero *“la novedad de estos cambios, a diferencia de los ocurridos en otras épocas, es que tienen un alcance global que, con diferencias y matices, afectan al mundo entero...”* (DA 34).

“La realidad social, que describimos en su dinámica actual con la palabra globalización, impacta, por tanto, antes que cualquier otra dimensión nuestra cultura y el modo como nos insertamos y apropiamos de ella...” (DA 43).

La formación inicial y permanente de los presbíteros tiene el desafío de favorecer la inserción de los seminaristas y los presbíteros en la cultura. No podemos proponer una formación inicial y permanente que pretenda discernir la historia, y dentro de ella los signos de los tiempos, como si estuviera fuera de ella; la cultura de nuestros pueblos, con toda la pluralidad que la caracteriza, envuelve y desafía no sólo nuestro pensamiento sino también nuestra manera de insertarnos en dicha cultura. Este desafío vuelve a exigir una actitud crítica de apertura y de aprendizaje, dispuesta al diálogo y respetuosa de lo diverso.

Retomando la categoría teológica de los “signos de los tiempos”, pero desde otro punto de vista, debemos recordar que la Iglesia está llamada a ser “signo de los tiempos”, en su sentido histórico – teolo-

gal, para los hombres y para las mujeres de hoy; esto es, Sacramento de Cristo y del reinado escatológico de Dios¹¹. En este sentido, y tomando en cuenta la disminución de un significativo liderazgo del ministerio ordenado y, más lamentablemente aún, los no pocos escándalos que se han suscitado por la falta de coherencia de algunos de los ministros ordenados, hechos magnificados por los medios masivos de comunicación, se podría pensar que la formación inicial y permanente de los presbíteros está retada a ser un "Signo de los tiempos" para la Iglesia y para el mundo; esto es, que en los procesos de formación inicial y permanente se pueda manifestar existencialmente a Dios en el presente con una clara referencia a Jesucristo y al Reinado escatológico de Dios.

La formación inicial y permanente es interpelada por Aparecida para insertarse en la cultura actual asumiendo muy en serio la variedad y la riqueza de las culturas latinoamericanas y la variedad que existe en cada país y en cada diócesis (cfr. DA 43 y 56). Algo se ha avanzado en la reflexión y el esfuerzo de una programación adecuada en la formación inicial y no son pocas las exhortaciones que en esta línea se hacen (cf. DA 325), pero este campo es aún virgen en la formación permanente, apenas adelantado por algunos encuentros de presbíteros indígenas; pareciera que por el hecho de recibir la ordenación se ingresara a un grupo a-cultural o que se perdieran las raíces culturales de las que se alimentaron desde la familia y, aunque en menor intensidad, en la formación inicial. *"...asumir la diversidad cultural, que es un imperativo del momento, implica superar los discursos que pretenden uniformar la cultural"* (DA 59).

La formación inicial y permanente está llamada a insertarse, crítica y creativamente, en la cultura de hoy cuando surge una sobrevaloración de la subjetividad individual en la que el individualismo debilita los vínculos comunitarios y se deja de lado la preocupación por el bien común para dar paso a la realización inmediata de los deseos de los individuos subrayándose la realización del individuo, que conduce a la indiferencia por el otro a quien no necesita ni del que tampoco se siente responsable, en la que se afirman los dere-

¹¹ Sabemos bien que desde la eclesiología no es extraño hablar de la Iglesia como Sacramento de Cristo, Sacramento Universal de Salvación.

chos individuales y subjetivos pero se busca su ejercicio de manera pragmática e inmediatista sin preocupación por criterios éticos (cfr. DA 44-47). Inserta en esta cultura, la formación inicial y permanente ha de asumir el valor de la persona pero manteniendo la dimensión comunitaria de la misma, desafío aún mayor en la formación de los presbíteros diocesanos donde la formación comunitaria ha tenido un déficit mayor. En este aspecto no hay que perder de vista que no es un discípulo y misionero aislado el que está llamado a ser sacramento de salvación, sino la Iglesia toda; no es un presbítero o seminarista aislado quien puede reflejar la sacramentalidad de la Iglesia, sino la comunidad educativa del seminario en su conjunto y el presbiterio, de la misma manera.

La formación inicial y permanente está llamada a insertarse, crítica y creativamente, en una cultura en la que las relaciones humanas se consideran objetos de consumo llevando a relaciones afectivas sin compromiso responsable y definitivo (DA 46) y donde se hace cada vez más manifiesta la fragmentación de la personalidad (DA 317). En este, como en otros muchos aspectos, la formación inicial y permanente está desafiada a insertarse a contracorriente para favorecer una madurez afectiva y el desarrollo de la capacidad de asumir compromisos definitivos de tal manera que la vocación al ministerio sacerdotal llegue a ser un compromiso de vida estable y definitivo (DA 321).

La formación inicial debe insertarse, crítica y creativamente, en una cultura donde la publicidad conduce ilusoriamente a mundos lejanos y maravillosos donde como sólo se necesita lo inmediato, la felicidad se pretende alcanzar con bienestar económico y satisfacción hedonista (DA 50-51). La influencia de estos rasgos de la cultura actual es grande y la formación inicial y permanente no sólo está llamada a recordar la existencia de tales factores sino formar en actitudes de vida sencilla, de austeridad y de espíritu de sacrificio; ante la tendencia a la espectacularidad, la sencillez de la entrega cotidiana.

La formación inicial y permanente ha de sentirse desafiada por los aspectos positivos de este cambio cultural de manera que los procesos de enseñanza aprendizaje se apoyen, por ejemplo, en el aprecio al valor fundamental de la persona, la búsqueda del sentido

de la vida y la trascendencia, el énfasis en la experiencia personal y vivencial; la formación tiene que asumir estos aspectos positivos, y otros más que se pueden encontrar en la cultura actual, en la manera de acompañar tanto a seminaristas como a presbíteros.

¿Cómo se explicita en los planes de formación inicial y permanente el desafío que tenemos, seminaristas y presbíteros, de insertarnos creativamente en la cultura actual? ¿De qué manera los procesos de formación inicial y permanente favorecen que el seminarista y el presbítero se inserten creativamente en la cultura, por ejemplo en el uso de la tecnología? ¿Somos, como Comisiones nacionales y diocesanas, y como Seminarios y Casa de formación, suficientemente creativos en nuestras propuestas de formación como para despertar el espíritu creativo de nuestros formandos con el testimonio de nuestra acción? La formación inicial y permanente, ¿favorece la formación para el diálogo y para el respeto de lo diverso? ¿Damos espacios a propuestas creativas para realizar una formación abierta a la variedad y riqueza cultural? ¿Cómo incorporamos a los programas de formación inicial y permanente los aspectos positivos y los aspectos negativos de la variada realidad cultural que vivimos? ¿Cómo y con qué frecuencia se evalúa el desarrollo de la criticidad y de la creatividad de nuestros seminaristas y presbíteros para insertarse en la cultura y apropiarse de ella?

2.. Una formación presbiteral inicial y permanente en el contexto de la vida de nuestros pueblos hoy

El primer gran reto, derivado de la primera parte de Aparecida, es repensar, programar y hacer operativa una formación inicial y permanente contextualizada en la realidad social y eclesial de nuestros pueblos hoy, ya que, *“La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros. Su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos. Estas transformaciones sociales y culturales representan naturalmente nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios...”* (DA 367).

De este gran reto se derivan muchos otros, de entre ellos hemos destacado el espíritu crítico y la actitud del discernimiento para mirar la realidad y discernir los “signos de los tiempos” así como la creatividad para insertarse en la nueva cultura. A partir de estos dinamismos

formulamos algunas preguntas haciendo un recorrido de la primera parte de nuestro documento.

2.2.1. *Desafíos desde la situación económica*

Señalan nuestros obispos que "... *La globalización, tal y como está configurada actualmente, no es capaz de interpretar y reaccionar en función de valores objetivos que se encuentran más allá del mercado y que constituyen lo más importante de la vida humana: la verdad, la justicia, el amor, y muy especialmente, la dignidad y los derechos de todos...*" (DA 61).

Dado el papel que debemos desempeñar los presbíteros en medio de la Iglesia y del mundo, la formación inicial y permanente ha de asumir como reto el formar *para promover una globalización diferente que esté marcada por la solidaridad, por la justicia y por el respeto a los derechos humanos* (DA 64).

¿Qué estamos haciendo en la formación inicial y permanente para que dicha formación suceda, más allá de tener algunas ideas sobre estos aspectos?, ¿logramos, mediante nuestros procesos formativos, favorecer el desarrollo de las habilidades necesarias y cultivar las actitudes correspondientes para que esto ocurra?, ¿qué tanto estamos capacitados para lograr y para favorecer una comprensión analítica y diferenciada que permita detectar los aspectos positivos y negativos de la globalización?

"... *Una globalización sin solidaridad afecta negativamente a los sectores más pobres. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y opresión, sino de algo nuevo: la exclusión social...*" (DA 65; cfr. 62 - 73).

Desde la contemplación de los rostros de quienes sufren, la formación inicial y permanente ha de asumir como reto formar según la Doctrina social de la Iglesia, según la cual "*el objeto de la economía es la formación de la riqueza y su incremento progresivo, en términos no sólo cuantitativos sino cualitativos: todo lo cual es moralmente correcto si está orientado al desarrollo global y solidario del hombre y de la sociedad en la que vive y trabaja...*" (DA 69).

¿Qué se está haciendo en la formación inicial y permanente para que los presbíteros no sólo sepamos que existe un Doctrina Social de la Iglesia, sino para que la conozcamos y la sepamos aplicar no sólo para exhortar, sino para impulsar proyectos que realmente transformen la conciencia personal y colectiva de los hombres?, ¿qué lugar ocupa en la formación inicial y permanente la opción preferencial por los pobres? El estilo de vida del seminario y la forma de vida de los presbíteros, ¿facilitan la contemplación de los rostros de quienes sufren, o los ocultan?, ¿somos sensibles a la realidad de la exclusión¹²?, ¿cómo se favorece una formación para que los presbíteros seamos capaces de promover una globalización de la solidaridad? ¿Qué estructuras administrativas y económicas se viven en nuestras parroquias?, ¿cómo se relacionan los principios formativos sobre la pobreza con las formas administrativas en uso en las parroquias?; la formación presbiteral que se ofrece, ¿parte de esta realidad de administración y logra concretarse en proyectos viables para lograr una administración más coherente con las propuestas de la Iglesia¹³?

2.2.2. *Desafíos desde la dimensión socio-política*

“Constatamos un cierto progreso democrático que se demuestra en diversos procesos electorales. Sin embargo, vemos con preocupación el acelerado avance de diversas formas de regresión autoritaria por vía democrática...” (DA 74).

La formación inicial y permanente tiene como reto el que los presbíteros sepamos que es necesaria una democracia participativa basada en la promoción y respeto de los derechos humanos y que seamos capaces de impulsarla (cfr. DA 74).

¿Qué tanto los procesos de formación inicial y permanente favorecen la sensibilidad de los presbíteros antes las realidades sociales y políticas?, ¿cómo se nos ayuda a desarrollar el discernimiento en estos campos? ¿De qué manera la formación inicial y permanente ofrece a los presbíteros elementos para formar a los laicos en su participación social y política?, ¿de qué manera nuestros programas de formación

¹² Cfr. DA 65.

¹³ Cfr. DA 61.

favorecen que los presbíteros valoren y acepten la aportación de los laicos en estos campos?

2.2.3. *Desafíos desde la biodiversidad y la ecología*

“América Latina es el Continente que posee una de las mayores biodiversidades del planeta y una rica socio diversidad, representada por sus pueblos y culturas” (DA 83).

La formación inicial y permanente está ante el desafío de crear la conciencia en los presbíteros para que nos comprometamos en favorecer que desde la fe se conserve esta riqueza para bien de la humanidad y no sea un elemento más para la explotación y la desigualdad.

¿De qué manera los programas de formación asumen este compromiso?, ¿se está logrando que, gracias a los procesos formativos, los presbíteros tengamos nuevas actitudes en estos campos? ¿Ofrecen, los programas formativos elementos que nos permitan guiar al pueblo de Dios en estos aspectos? ¿El seminarista y el presbítero se están formando como señores de la naturaleza y para formar en este señorío?

2.2.4. *Desafíos desde la presencia de los pueblos indígenas y afroamericanos en la Iglesia*

Los indígenas constituyen la población más antigua del Continente y son la primera raíz de la identidad latinoamericana, los afroamericanos constituyen la segunda raíz, mientras que la población pobre que emigró de Europa constituye la tercera raíz. De estos grupos y de sus correspondientes culturas se formó el mestizaje que es la base social y cultural de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños (cfr. DA 88).

La formación inicial y permanente está ante el reto de favorecer que los presbíteros promuevan el respeto y el reconocimiento de los indígenas y afroamericanos, de acompañarlos en las luchas por sus legítimos derechos, de alentarlos a participar en la vida de la Iglesia y de favorecer un proceso de inculturación discernido a la luz del Magisterio (cfr. DA 89-97).

En los procesos de formación inicial y permanente, ¿se ofrecen los elementos suficientes para lograr que los presbíteros asuman este desafío y cuenten con los elementos que hagan eficaz su acción pastoral en estos campos?

2.2.5. *Retos desde la situación de nuestra Iglesia en esta hora histórica*

Hemos de tener claro que nos desafían tanto las luces como las sombras de nuestra Iglesia, aquellas para avivarlas y éstas para iluminarlas.

La formación inicial y permanente de los presbíteros ha de tener en cuenta los logros pastorales de la Iglesia para conservarlos y llevarlos a su madurez, de tal manera que no sólo no se pierda la riqueza de dones que el Señor ha sembrado en nuestra comunidad creyente, sino que los sigamos haciendo fructificar. Aparecida hace un elenco de tales frutos pastorales en el número 99 y señala, inmediatamente en el número siguiente, que a pesar de los aspectos positivos que les alegran no pueden desconocer también las sombras. El número 100 de nuestro documento hace un elenco de las sombras más destacadas en nuestra iglesia latinoamericana.

Al elaborar los programas de formación inicial y permanente, cada Comisión nacional y diocesana, cada Seminario y Casa de formación religiosa, debiera hacer su propio reconocimiento de los frutos pastorales de su Iglesia particular para asumirlos como un tesoro que hay que conservar o como un fundamento y punto de apoyo para construir algo más.

Los programas de formación inicial y permanente, al reconocer las luces y las sombras de la propia Iglesia no sólo han de mirar el presente, sino intuir las grandes tendencias de tal manera que la formación de nuestros presbíteros, gracias a una mirada de futuro, favorezca que los presbíteros no lleguemos tarde a la cita.

¿Sobre qué frutos y qué sombras pastorales se construyen los programas de formación inicial y permanente de los presbíteros?, ¿se asumen estas luces y sombras con una mirada prospectiva?

Vivimos una época en que los cambios son vertiginosos, los datos que hemos podido considerar sobre nuestro contexto actual son cambiantes y no reflejan sino instantáneas de la realidad; sin embargo, ellos nos permiten reconocer las grandes tendencias que desafían nuestro entendimiento y estimulan nuestra creatividad a fin de que realicemos una formación inicial y permanente contextualizada que contribuya a repensar profundamente y a relanzar con audacia la misión de la Iglesia.

2.3. Pistas para la formación inicial y permanente de los presbíteros a la luz de la segunda y tercera parte de Aparecida

Queda pendiente escrutar la riqueza de la segunda parte de Aparecida que nos permite reconocer lo que nuestros obispos destacan de la enseñanza de la Iglesia para iluminar la realidad de nuestra América Latina hoy, así como la tercera parte que nos deja ver cuáles son las tareas que debemos asumir para que nuestros pueblos tengan vida, aquí simplemente adelantamos algunas preguntas que pueden ayudarnos a desarrollar el pensamiento crítico y creativo para repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia la tarea de la formación inicial y permanente a la luz de Aparecida.

2.3.1. Repensar y relanzar la formación desde la vocación

No hay que perder de vista que la vocación en general, y la vocación al ministerio ordenado en particular, en cuanto diálogo permanente, vital y amoroso exige escuchar y discernir el llamado, lo cual requiere pensamiento crítico; y reclama una respuesta, lo cual exige tomar decisiones, optar, y que todo esto sucede para una misión que hoy exige creatividad. A pesar de que Aparecida llama la atención sobre la identidad sacerdotal como una de los desafíos, conviene tener en cuenta que el problema no es tanto de doctrina, cuanto de experiencia; se trata de un asunto existencial en el cual es necesario destacar las actitudes y de entre ellas la honestidad, la coherencia y la fidelidad.

¿Qué concepto de vocación está en el trasfondo de los programas de formación inicial y permanente de los seminaristas y presbíteros?

los destinatarios de la formación, ¿se auto-apropian y auto-trascienden como discípulos y misioneros? ¿Se recomienza desde Jesucristo que llama al seguimiento?, ¿cómo se favorece la adhesión y la configuración con el Señor?, ¿cómo se evalúan las actividades que se programan para este fin?; ¿cómo se favorece el desarrollo del pensamiento crítico y creativo de seminaristas y presbíteros al considerar la teología del ministerio ordenado?

2.3.2. *Repensar y relanzar la formación desde y para la comunión de la Iglesia*

¿Qué debemos revisar en los procesos formativos para que los seminarios sean de verdad casas y escuelas de comunión?, ¿qué cambios estructurales se requieren para que el resultado de los procesos formativos se aleje de un clericalismo autoritario, de un burocratismo eclesial?, ¿qué está faltando para que las comunidades educativas y los presbiterios superen la pasividad, la apatía y la dependencia? ¿Qué cambios tenemos que provocar en los procesos formativos para que los presbíteros logremos maneras más sanas de relacionarnos con los demás, especialmente con los jóvenes y con la mujer?

¿Qué cambios debemos procurar para que la formación presbiteral sea verdaderamente acompañada por el pueblo?, ¿qué tiene que ocurrir en las estructuras formativas para que en los procesos de formación sean escuchadas y atendidas las necesidades del pueblo y las preocupaciones del presbiterio?

No es la primera vez que se levanta la voz para invitar a repensar profundamente las estructuras de la formación; ya en otros momentos, pastores y pensadores de América Latina han invitado a revisar con osadía evangélica la forma y estructura de los Seminarios en América Latina¹⁴. ¿Qué estructuras debemos cambiar en la formación inicial?, ¿qué formas debemos crear para la formación permanente de manera que sea realmente permanente, continua e integral y no ocasional, esporádica y atomizada?, ¿qué estructuras debemos abandonar?, ¿cuáles crear?

¹⁴ MC. GRATH, Marcos, G. *Cómo viví el Concilio y el Postconcilio: El testimonio de los padres conciliares de América Latina*. Bogotá: Paulinas-Celam, 2000. P.177-178.

2.3.3. *Repensar y relanzar la formación a través de itinerarios*

Es cada vez más aceptado el discurso de la formación continua, pero no siempre tal principio encuentra formas realmente operativas para que esto suceda y ocurra de forma progresiva siguiendo las diversas etapas; no siempre los equipos de formación están habilitados para acompañar desde la diferenciación de las etapas por las que pasa el seminarista y el presbítero, no siempre quien acompaña conoce y aprovecha los riesgos y las posibilidades de cada etapa; el desafío mayor es lograr procesos de acompañamiento, tanto personal como grupal, que favorezcan un “continuum, que sepan reconocer las características, los riesgos y las posibilidades de las diversas etapas, los momentos de las personas y la libertad del Espíritu que sopla donde quiere y cuando quiere.

¿Existe un plan global de formación presbiteral que contemple tanto la formación inicial como la permanente en la Iglesia particular?, ¿Cómo se integran los programas de formación con los de promoción? ¿Cómo se inserta el plan global de formación con el plan orgánico de la diócesis? ¿Cómo se explicita la continuidad entre las diversas etapas de la formación y cómo se evalúa?

Una formación planificada que impulse procesos, exige ir a contracorriente pues se prefiere hoy vivir día a día, sin programas a largo plazo.

Por otro lado, una formación que asuma itinerarios puede apoyarse en la descripción de perfiles que se esperan en cada una de las etapas, al menos las más significativas, de manera que tales perspectivas orienten tanto la programación como la acción operativa y la evaluación. Los perfiles no sólo auxilian al formador, sino también al seminarista y al presbítero en procesos de formación. Si se marca un perfil hay que procurar un proceso, una serie de etapas que nos conduzcan a la consecución de tales perfiles, sin dejar de reconocer la diversidad de cada persona y de cada Iglesia particular.

2.3.4. *Repensar y relanzar la formación permanente en situaciones de crisis*

Las experiencias de crisis se pueden dar en cualquier momento del proceso de la formación, sea inicial o permanente. Es necesario, por ello, que los procesos de formación, sin abandonar la súplica de la gracia de la conversión y la esperanza, asuman en serio el reto de acompañar en estas situaciones¹⁵.

Dado que no siempre tales situaciones fueron detectadas durante la formación sacerdotal inicial, o no fueron suficientemente resueltas, o bien fueron alcanzando su expresión más crítica durante la vida sacerdotal, la formación permanente no puede excluir de sus planes programas especiales de acompañamiento.

Se dan situaciones leves y situaciones graves, para aquellas hay que procurar una formación que reavive el don de Dios, para éstas un acompañamiento encaminado a sanar desde la misericordia y la esperanza. No hay que perder de vista que, como para toda la Iglesia, para el ministro ordenado “... *nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad...*” (DA 12).

¿Cómo son asumidas y acompañadas por la formación permanente las situaciones de infidelidad, de instalación y mediocridad, los estilos de vida “light” en la Iglesia particular?

Situaciones más complejas no faltan, más aún, son cada vez más frecuentes y escandalosas y requieren un acompañamiento aún más especializado para sanar; procesos que han de estar sostenidos por la misericordia e iluminados por la esperanza. Toda forma de vida experimenta enfermedades, toda guerra cuenta sus heridos, ¿qué poca misericordia refleja un presbiterio y un obispo que no se preocupen por atender a sus “enfermos”, a sus “heridos de batalla” sea creando sus propios centros especializados, sea canalizándolos a donde pueden ser atendidos.

¹⁵ “nos alientan los signos de la victoria de Cristo resucitado, mientras suplicamos la gracia de la conversión y mantenemos viva la esperanza que no defrauda” (DA 14).

¿Con qué programas especializados cuenta la Iglesia particular y cómo los hace operativos para acompañar a los presbíteros que requieren atención especializada?, ¿cómo son tomados en cuenta y acompañados quienes no han sabido asumir y resolver las crisis como oportunidades de crecimiento, tiempo de gracia para discernir y reorientar la vida?, ¿cómo son acogidos quienes han resuelto total o parcialmente sus fracasos y se han de incorporar al ministerio con las secuelas de las heridas sufridas?

2.2.5. *Repensar y relanzar la formación para relanzar la misión*

El tercer gran reto, derivado de la tercera parte de Aparecida, es repensar, programar y hacer operativa una formación inicial y permanente que no sólo brinde los conocimientos necesarios, sino que favorezca el desarrollo de las habilidades requeridas y la adquisición de las actitudes correspondientes para que los ministros ordenados sean portadores de la vida de Jesucristo para nuestros pueblos. *“La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera”* (DA 370).

¿Cómo se asume el pensamiento crítico y creativo para formar en la caridad pastoral? ¿Cómo se favorece el desarrollo del pensamiento crítico y creativo de seminaristas y presbíteros al considerar la misión que la Iglesia ha de realizar para que nuestros pueblos tengan vida en Cristo?, ¿Qué tareas tenemos pendientes para que nuestros seminaristas y nuestros presbíteros desarrollen el nivel que se requiere de pensamiento crítico y las actitudes necesarias para el cambio de estructuras pastorales? ¿Cómo se han incorporado las orientaciones pastorales de Aparecida en la finalidad pastoral que debe estar a la base de la formación de los presbíteros? ¿Qué tan creativos están siendo los seminaristas y los presbíteros en sus experiencias pastorales?

Conclusión

¿Cómo repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia la formación inicial y permanente de los presbíteros de manera que seamos, de verdad, discípulos y misioneros que respondamos

a nuestra vocación y comuniquemos por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo? Esta ha sido la cuestión de fondo que hemos tenido a lo largo de esta reflexión.

Sin pretender agotar la respuesta a esta pregunta, nuestra reflexión ha querido recordar dos elementos fundamentales de los procesos de enseñanza - aprendizaje que no sólo deben ser comprendidos sino incorporados a la formación presbiteral integral y gradual: el desarrollo del pensamiento crítico y el desarrollo del pensamiento creativo. Sólo con un pensamiento de estas características podremos distinguir, discernir y asumir lo que Dios está pidiendo a la formación inicial y permanente de los presbíteros a la luz de Aparecida.

¿Qué nos deja ver la luz de Aparecida? El documento nos permite reconocer rasgos de una realidad que debe ser asumida, nos destaca un marco doctrinal que debe ser enfatizado y nos propone unas orientaciones pastorales que deben ser incorporadas para que la misión de la Iglesia sea repensada profundamente y relanzada con fidelidad y audacia. La formación inicial y permanente de los presbíteros, clave para detonar tal renovación, está ante el desafío de favorecer la adquisición de los conocimientos necesarios, el desarrollo de las habilidades requeridas y el cultivo de las actitudes correspondientes para que tal renovación suceda. La luz de Aparecida ilumina a toda la Iglesia y deja ver, en lo específico de la formación presbiteral, que muchas cosas deben ser replanteadas.

La vida del seminarista y del presbítero ha de ser un camino permanente de auto-apropiación y de auto-trascendencia, superando la comodidad, el estancamiento, el cansancio, la desilusión y la tibieza. Hemos de estar en continua búsqueda y replanteamiento de nuestro ser y nuestro quehacer siempre abiertos al amor de Dios revelado en Cristo y conscientes de que éste se manifiesta también en el cariño, comprensión y aprecio de la comunidad a la que servimos.

Repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia la formación inicial y permanente de los presbíteros ha de ser una tarea ininterrumpida para reavivar nuestro modo de ser presbíteros y revitalizar nuestro quehacer presbiteral. Sólo desde este esfuerzo, personal y comunitario responderemos al deseo y exhortación de



nuestros obispos de recuperar el fervor espiritual, conservar la dulce y confortadora alegría de evangelizar y recobrar el valor y la audacia apostólicos para que el mundo actual pueda recibir así la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo. (cfr. DA 552).